



LA VIOLETA,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR

SUMARIO.

De la mujer. (Conclusion.)—A la niña del Sr. Verdaguér, poesía.—El árbol de Natividad. (Conclusion.)—Fé y Esperanza, poesía. (Continuacion.)—Revista de teatros.—Modas.—A nuestras suscriptoras.

DE LA MUJER.

(Conclusion.)

II.

La antigüedad idólatra consideraba á la mujer como bestia de carga, y de aquí el tejido de crímenes que perpetraba impávidamente: se asombraba la filosofía de la ineficacia de sus sistemas, y se abismaba siglos enteros consultando á los astros, ó analizando el vuelo de las aves, sin columbrar ese punto luminoso, regenerador de las sociedades imbéciles ó depravadas. La tribuna, las leyes, la autoridad, tuvieron dignos representantes, y no podían explicarse como sus instituciones se derribaban por atonía, como aquellos pueblos que se suspendían ante la grandilocuencia del orador, salían

del Gimnasio á ahogarse en torrentes de cieno, del Senado á la consumacion de una saturnal. ¡Delirio! La moral de un Sócrates, la severidad de un Cicerón, pasaron desapercibidas para la humanidad, porque caían sobre desiertos corazones, que en su ardorosa fiebre no hallaban la gota refrigerante que había de darles alivio con su fresca embalsamada.

Hoy mismo, á las puertas de la civilización, se siguen perpetrando aquellas rapsodias de escándalo que erizan los cabellos: en la Turquía europea tiene centro una ley asiática que es cita horror é indignacion: todavía barenos: todavía behetrías abastecidas con la carne dolorida que se compra en el mercado: todavía esas grandes violaciones que asestan golpes homicidas á la naturaleza: todavía esa infame trata de blancos sancionada por un salvaje fanatismo: todavía ese espectáculo en que el animal reemplaza al hombre.

También el Evangelio ha restablecido entre nosotros la dignidad de la mujer: también al

cristianismo somos deudores de este beneficio. ¡Estériles filosofías humanas! Cuatro mil años disputando los hombres, sin reconocer á la mujer por criatura racional.

Rousseau guarda toda su ciencia para sacar en conclusion que la mujer es una máquina y el hombre otra, acaso más perfecta: hasta hace poco, ¿no se creía entre ciertas gentes que era un arcano la existencia de las facultades intelectuales de la mujer?

Así blasfemamos, así renegamos de la obra de Dios y nos llamamos filósofos, exigiendo al hombre que nos immortalice en estatua. ¡Todos los que se han atrevido á detractor á la mujer, no han podido acordarse que esa mujer acaso era su madre, su hermana, su esposa!....

Ahora la gran cuestion: ¿se ha de ilustrar á la mujer? ¿En qué forma? ¿Es conveniente? Y aquí tambien los extremos, el delirio de escuela, el frenesí de partido. Aquellos que tal vez la juzgan desheredada de inteligencia, como á un molusco, la niegan la instruccion sospechando sea un arma terrible en sus manos; y los partidarios de las innovaciones la quieren filósofa, poeta, literata, enciclopedista. Unos y otros se increpan, se zahieren, se inspiran de pasiones para luchar con una rabia salvaje: ¡todos igualmente atentando contra la obra de Dios! De aquí dos abstracciones: la educacion antigua que arranca los libros y la pluma de la mano de la mujer, circunscribiendo su enseñanza moral al aprendizaje de algunas oraciones piadosas, y la educacion moderna que se asocia á una enciclopedia mónstruo, con nociones de declamacion y de coreografía: ambos sistemas escapando su mision futura.

Para los que niegan á la mujer el derecho de ilustrarse basta una sola consideracion: si evitan que se desmoralice más, la arrojan en la borrasca, porque el vicio y el crimen son privilegios de la barbarie: comprender sus deberes sin ilustrarse es pedir el imposible en la esfera del mundo; y negar á la inteligencia de la mujer la aptitud de indagar la verdad, y de conocer el bien y el mal, es atentar contra la obra de Dios.

Hay siempre un término que concilia todas las cosas, alejándose de los extremos que perjudican: nosotros para resolver esta sencilla

cuestion no necesitamos apelar á los silogismos de los sofistas: nos basta solo fijar como punto de partida su mision.

La mision de la mujer en sus múltiples aspectos, es universal, es de todas las épocas y de todos los tiempos, y de ella depende nuestra civilizacion, que lleva en su seno adherida á los gérmenes de donde brotan las generaciones vivientes. Su objeto, formar al hombre para el cumplimiento de su destino: su fin, acarrear sobre el hombre la felicidad posible.

Como quiera que se considere este ministerio es inefable: su eficacia se acredita por la verdad de los resultados: una madre graba en bronce: traspasa su alma íntegra á la de su hijo: forman un espíritu con dos corazas de carne: son espejos recíprocos, donde siempre se están mirando el uno y el otro con una complacencia arrebatadora.

El ministerio de la mujer habla á nuestro corazon, nos inspira en lugar de enseñarnos; la moral fluye de sus lábios, dulce como una balada de amor, revestida de todas las formas de lo bello: sus enseñanzas, asociadas á parábolas inefables, nos ofrecen el bien, adornado con sus celestiales arreboles: parece que con los ósculos de su cariño pretende fijar en nuestra frente esa virtud soberana que germina en su alma, el aroma de esa flor divina, de la que se desprenden todas las venturas terrestres.

La voz de la mujer es ese acorde místico que suena en nuestros oídos en todas las edades, en todos los tiempos, y en todas las fases de la existencia, para revelarnos un poema de divinas armonías: nunca se halla desprovisto nuestro corazon de una fibra susceptible de vibrar al eco bendito de su mágico sonido: la voz de nuestra madre se hace oír hasta en nuestra árida vejez: sus máximas saludables nos acompañan en todos los actos de la vida pública; y si la hemos perdido, su recuerdo nos arranca frecuentemente lágrimas.

Para desempeñar este ministerio, necesita la mujer ilustracion en su inteligencia, ilustracion en su alma: de aquí la necesidad de su educacion. Pero se dirá: Eso es imposible. Para ilustrar su inteligencia se necesita la vida entera: no acudamos á los extremos: eduquemos su corazon y alcanzaremos bellísimos resultados:

la mujer no comprende sino aquello que habla á su corazón: las ásperas leyes de la ciencia para el hombre que enriquece con sus desvelos la vida intelectual: las sublimes verdades de la moral para la mujer que las ha de transformar en virtudes, con las que ha de fecundar nuestra alma: hé aquí la *meta* sencillísima que concilia todas las cosas.

Ilustremos el corazón de las mujeres, y tendremos una sociedad de ángeles: solo la barbarie transige con el crimen y el vicio: no monopolicemos á la mujer esa ilustración que necesita para realizar su misión.

Ni la enciclopedia mónstruo, ni la ceguera antigua: todo lo que dé grandeza á su corazón; porque ese corazón, sensible siempre al bien y á la hermosura de la virtud, es el raudal místico que rocía con sus gotas luminosas el alma de esta humanidad, que se postra á sus pies para recibir sus enseñanzas.

La forma que se ha de adoptar no es difícil si se atiende á que una mujer ha de ilustrar á otra: apresurémonos á fecundar el alma de la mujer con el riego generoso de la verdad, de la belleza y de la bondad; tres preciosas luces morales que han de entrañar en su pecho para disipar las sombras de su ceguera: apresurémonos á realizar esta obra fecunda, si es que pretendemos consolidar el monumento de nuestra civilización, si es que aspiramos á llegar al remate de nuestro destino.

LEANDRO ÁNGEL HERRERO.

A LA NIÑA DEL SR. VERDAGUER.

Después de haberla dedicado una composición la señora de Melgar.

Me han contado que un hada
con raudal vuelo,
á bendecir tu vida
bajó del cielo:
hada de amores,
que derramó en tu frente
versos y flores.

Dicen los que gozaron
de la fortuna
de verla columpiarse
sobre tu cuna,

que al lado de ella
brillaba pobremente
cualquier estrella.

Dicen que eran sus ojos
carbunclos bellos;
red de amores la trenza
de sus cabellos,
y que vertía
por su boca de perlas
miel y ambrosia.

¡Ay, cómo siento, niña,
¡ay! cómo siento,
no haber sido testigo
de ese portento;
de esa hermosura
que vino á presagiarte
dicha y ventura!

Dicen que te predijo
paz duradera,
por nacer cuando nace
la primavera;
pues su venida
trae al mundo la esencia
que dá la vida.

Dicen que alzó hasta el cielo
gratos loores,
porque al mundo viniste
cuando las flores,
cuando las fuentes
desatan los cristales
de sus corrientes.

Yo tengo por augurio
de más fortuna,
el haber descendido
sobre tu cuna
ese ángel bello
que ha grabado en tu frente
su blando sello.

Que es la belleza, niña,
prenda del cielo,
mensajera de amores,
gloria del suelo,
perla escondida,

manantial de placeres,
fuente de vida.

—
¿Qué quieres que yo diga
después de aquella
que ha sido de tu aurora
plácida estrella?
Nada que aumente
la ventura que trajo
sobre tu frente.

—
Plegue á Dios que atesores
tanta hermosura
como luce en el rostro
de la hada pura;
ángel de amores
que vino á regalarte
versos y flores.

ANTONIO HURTADO.

EL ÁRBOL DE NATIVIDAD.

HISTORIA ALEMANA.

(Conclusion.)

El tiempo estaba borrascoso, los árboles de la floresta gemían agitados por el viento del Norte, y las violentas ráfagas esparcían en espesos turbiones la nieve tendida sobre la tierra como una inmensa sábana.

De repente llamaron á la puerta. Steuben y su mujer se volvieron con dirección al ruido. Los niños experimentaron una pasajera impresión de temor. Como no abrían, volvieron de nuevo á llamar con más fuerza.

—Padre, no abras... ¡Pudiera ser un ladrón!... dijeron.

—No abras, no; amigo mío: gritó Dorotea tan asustada como los niños.

—Sin embargo, Steuben se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Es necesario responder al huésped que Dios nos envía.

El viajero fué introducido. Este era un hombre de alta talla, de continente noble y majestuoso. Representaba unos cincuenta años. Al entrar en la sala arrojó su capa toda cubierta de nieve sobre un asiento; se quitó el sombrero y sacudió con la mano su barba y sus cabellos, sobre los cuales se había congelado la nieve.

Después se acercó familiarmente al fuego que brillaba en la chimenea, y se puso á acariciar á los niños, que le rodearon en seguida, contemplándole con sus grandes ojos atónitos. Era tan simpático, tenía el aire tan dulce y afable, que bien pronto se captó el afecto de todos y en particular de los niños, que haciéndole admirar sus bellos juguetes, le preguntaban si no tenía también regalos.

El les manifestó que viajando con un solo criado durante aquella noche oscura y fría le había sido preciso abandonar su caballo, que de resultas de un golpe estaba herido en una pierna. El criado fué á llevarle al pueblo más cercano, y él, fatigado por la marcha y conatuso por la caída, se dirigió á pie hacia una habitación, en la cual veía á lo lejos brillar la luz, habiendo llegado así á casa de Steuben.

Al cabo de una hora estaba tan familiarizado con sus huéspedes que se hubiera dicho formaba parte de la familia. Como uno de tantos se asoció á la fiesta, comió y bebió con un apetito de viajero, retirándose á descansar cuando sus huéspedes se dispusieron á ejecutarlo también.

Francis y Dorotea le cedieron su propia habitación, que era la misma en que se hallaba colocado el árbol de Natividad, acostándose el padre en la de los niños y la madre en la de las niñas.

Al siguiente día por la mañana no viendo Steuben aparecer al extranjero le creyó todavía durmiendo, y tocó discretamente á la puerta de la habitación: no le respondieron y tocó de nuevo; el mismo silencio obtuvo su llamamiento: entonces se decidió á abrir; entró, no había nadie: el huésped había desaparecido sin dar cuenta de su persona.

El guarda, al tender su atónita mirada por la estancia, vió con sorpresa colgado en una rama del árbol un magnífico reloj de oro rodeado de piedras preciosas, un escudo de armas grabado en el centro y pendiente una gruesa cadena y sus dijes de diamantes. Sobre la chimenea veíase también un bolsillo lleno de monedas de oro, todo lo cual parecía haber quedado allí por un olvido involuntario.

A este descubrimiento, grande fué la estupefacción de las pobres gentes; á su vista tenían toda una fortuna más que suficiente

para librarse de la miseria y para conjurar la inminente ruina que amagaba su cabeza.

Los niños veían con admiración aquel hermoso reloj, y comparaban sus dijes de brillantes con los pobres juguetes de Nuremberg.

Dorotea atrevióse á insinuar tímidamente á su marido que quizá aquel extranjero sería algún príncipe poderoso, habiendo dejado aquellos objetos con el designio de pagar de una manera régia la hospitalidad que había recibido.

Empero Steuben, cuya probada honradez no admitía ninguna capitulación con su conciencia, dijo con resolución:

—El extranjero, lejos de tener ese designio, acaso haya dejado su bolsa y su reloj por un olvido, y volverá después á buscarlos; por lo tanto, esto debe ser para nosotros un depósito sagrado, que le devolveremos inmediatamente que lo venga á reclamar.

En consecuencia, el reloj permaneció colgado en el árbol, que se trasladó, así como la bolsa, á un grande armario de roble, el que fué en seguida cerrado con llave, no volviendo á pensar más en aquello.

La familia tornó á su vida de trabajo y de privaciones, y á pesar de sus enérgicos esfuerzos, de su infatigable laboriosidad, la fortuna del pobre guarda en vez de aumentar disminuía; ganaban escasamente para el diario sustento, no quedándoles ni aun lo preciso para pagar los intereses de la suma prestada por el judío, el que veía con júbilo cruel acercarse el día del vencimiento, en el cual, no pudiendo los infelices satisfacer su débito, se quedaría con la casa y el jardín que desde largo tiempo codiciaba. En su inmensa desdicha las pobres gentes invocaban con fé esperando el socorro de la Divina Providencia. Y á todo esto, ni un solo instante pensaron en abrir el armario de roble donde para ellos estaba la salvación.

Por una rara coincidencia, el vencimiento del último pago exigido por Nathan Gorizt, cumplía el 24 de diciembre del año de 1761, un año después de la llegada imprevista del viajero en la fiesta de Navidad. Así, esta noche tan celebrada por toda la cristiandad, se pasaría para ellos en lágrimas, y en la expectativa de una ruina inevitable.

Era la media noche; el judío no había sido

pagado, y tenía anunciada la espropiación para el día siguiente. Los niños lloraban en la habitación donde acaso por la primera vez de su vida no se ponía el árbol de Natividad. Delante de la chimenea, sin fuego, estaba Steuben, meditando, rodeado de sombríos pensamientos.

La naturaleza estaba todavía más triste y borascosa que el año anterior, sintiéndose los gemidos del huracán que bramaba en el vecino bosque.

De repente llamaron á la puerta. Steuben fué á abrir, y se presentó un extranjero. Entró en la habitación, y apartando el embozo de su capa reconocieron al huésped de Navidad.

—Buenas gentes,—dijo,—hoy hace un año me dejé olvidados en vuestra casa mi reloj y mi bolsillo.

Sin contestar una palabra, Steuben le conduce delante del armario, le abre, y el extranjero vió con admiración, suspendido á la misma rama en que le dejó, su reloj y su bolsillo intacto.

—¡Oh!.... ¡bien..., bien!.... ¡esto es muy bueno!...—dijo con una voz trémula por la emoción que le ocasionó tan magnífico rasgo de honradez.

Después coje el reloj por la cadena y la echa en el cuello de Dorotea; desprende los dijes y los distribuye entre los niños; en seguida sacó de su cartera un pergamino, le firmó y le dió á Steuben con el bolsillo; luego abrazando á los niños se marchó, despidiéndose con una expresiva sonrisa, y diciendo:

—¡Hasta otra vez!...

Steuben, anonadado, mudo de asombro, desdobló el pergamino, que contenía su nombramiento para el destino de guarda general de los montes de la Corona. Estaba firmado por Federico II, Rey de Prusia.

(Traducción.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

FÉ Y ESPERANZA.

Cuento dedicado á mi querida hermana la señora DOÑA PILAR DE MENA.

(Continuación.)

CAPÍTULO SEGUNDO.

La Partida.

Es el año treinta y tres,
Y las civiles discordias

Hacen correr á torrentes
 La noble sangre española.
 Ambos bandos á la lucha
 Con igual saña se aprontan,
 Y ambos esperan vencer
 Con esperanza animosa;
 Y dáse la voz de «alarma:»
 Y por encanto se forman
 Dos aguerridos ejércitos
 De disciplinadas tropas;
 Y ya aprestados los dos
 Con igual valor se enconan
 Por soñar sus ambiciones
 Cuando sueñan la victoria.
 ¡Mas cuántas lágrimas vierten
 Las madres y las esposas,
 Las desoladas familias
 Á las que sus hijos roban!
 ¡Cuántos hay que se despiden
 Soñando con suerte próspera,
 Y á ver el paterno hogar
 Por su desdicha no tornan!
 Nunca á una madre halagó
 De la milicia la pompa;
 Nunca ambicionó laureles
 Que á tanto precio se compran.

En el centro de una calle
 Del mencionado lugar,
 Cercana á cuyas murallas
 La ermita del Valle está,
 Una casa descollaba
 De apariencia regular.
 Nada ostentoso se vía
 En la fachada ni umbral;
 Ni nobiliarios blasones
 Halagan su vanidad.
 Pero sí muestra abundancia
 Su mucha capacidad;
 Y también su simetría
 Un gusto nada vulgar;
 Y pasando su dintel
 El interior al mirar,
 Una casa es del país
 De anchura y comodidad.
 Los aperos de labranza,
 Sembrados acá y allá
 En regular confusion
 Y crecida cantidad,

De habitarla un propietario
 Evidente muestra dan.
 En efecto allí vivía
 Pablo José de Laplana,
 Labrador acomodado
 Y hombre honrado, según fama.
 Siempre sus pobres peones
 Su caridad encomiaban;
 Siempre obraba generoso
 Cuando el pan escaseaba.
 Nunca á su puerta llegó
 Mendigando la desgracia,
 Que no encontrara socorro
 Y consoladoras pláticas.
 Este asilo de virtudes
 Corta familia albergaba;
 La esposa del labrador,
 Mujer buena y timorata;
 Un hijo y una sobrina
 El número completaban.

(Se continuará.)

LORENZA CARRASCO.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

Fecundas han sido las Pascuas en novedades teatrales.

Como si todos los coliseos hubieran estado esperando el nacimiento del Niño de Dios para exhibir las obras que tenían admitidas, parece que se dieron la mano la noche de Navidad, y arrojaron al público un turbion de espectáculos.

Ya dimos cuenta en nuestra anterior revista á nuestras amables lectoras, del éxito que habían alcanzado las obras estrenadas en Variedades y en el Circo.

Y respecto á la obra del Sr. Picon, que se hace en el primero de estos coliseos, titulada *La Corte de los milagros*, parécenos haber dicho poco, según hemos podido juzgar de su mérito con más detenimiento.

No podemos asentar en absoluto que esta obra carece de lunares; pero sí diremos que es un trabajo recomendable, hecho con esmero, y que refleja maravillosamente el génio de un autor de esperanzas para nuestro moderno teatro.

Contribuyen notablemente al éxito de esta

tra la ejecucion de Romea y de la señorita Perrobianco, que interpretan sus partes con admirable perfeccion.

La última obra del Sr. Picon está llamada á producir buenos resultados á aquel coliseo. En el Principe se estrenó la tarde de Navidad una comedia en tres actos, arreglada del francés por el Sr. Navarrete, y titulada *La manzana de discordia*.

Esta obra ha tenido tambien un éxito lisonjero, y proporcionó á la concurrencia un buen momento de soláz.

Por la noche se puso en escena una comedia en tres actos, arreglada del francés por el señor Ortiz de Pinedo, titulada *Corregir al que yerra*.

Esta obra está escrita sobre la *Papilloune*, de Victorien Sardou.

La *Papilloune* se silbó en Paris por su carácter peligroso: basta decir esto para conocer que el Sr. Pinedo ha hecho bastante, consiguendo que su obra se haya escuchado benévolamente por el numeroso público que llenaba las localidades.

La obra está bien escrita, aunque languidece mucho desde la mitad del segundo acto hasta la conclusion del tercero. Los detalles son inverosímiles, pero de buen efecto.

El pensamiento de esta obra es el de corregir al marido que se cansa de las emociones tranquilas y puras del hogar, y se lanza á la borrasca y al torbellino en pos de lo desconocido y de lo misterioso.

Los actores la desempeñaron con notable acierto, especialmente la Matilde y los señores Catalina (D. Manuel) y Fernandez.

Despues se estrenó una linda pieccecita, original del Sr. Diana, titulada *Receta contra las suegras*.

Gustó mucho á la concurrencia y se aplaudió de buena fé.

El asunto aparece bastante embrollado, pero se desenvuelve con mucha *vis cómica*, y está salpicada de chistes de buena ley. Además, esta obrita está trazada con admirable correccion.

En Lope de Vega se estrenó un drama en tres actos y en verso, original del Sr. Larra, y titulado *La Primera piedra*.

Si mal no recordamos, esta obra era ya co-

nocida en Valencia, donde la ejecutó el inolvidable Osorio.

El asunto de *La Primera piedra* es de suyo peligroso para el teatro, y su autor el Sr. Larra le ha presentado con admirable ingénio, razon por lo que no fracasó completamente.

Nuestra sociedad no está todavía suficientemente dispuesta para admitir el tipo de la Magdalena en el teatro.

En el vecino Imperio se aplauden estrepitosamente esos tipos de *Viollete* que han explotado con tanto acierto Dumas (hijo) y Feuillet; en España por fortuna solo consiguen ser mirados con indiferencia.

Pero el Sr. Larra es un aventajado y laborioso poeta, y nos cumple aquí consignar que el segundo acto de su última produccion *La Primera piedra* es de soberbio efecto dramático, especialmente en la conclusion, que nos recuerda algunos de aquellos rasgos grandilocuentes de *La Oracion de la tarde*, obra que es superior en todo á la que venimos examinando.

Sin embargo, *La Primera piedra*, preciso es conocerlo, tiene bellezas de primer orden, y si se recibió por el público con alguna frialdad, acaso contribuyera en mucha parte el desacertado desempeño de alguno de los actores que no han interpretado los caracteres con la conveniente precision.

En el número próximo concluiremos esta imperfecta reseña de las funciones de Pascua, dejando ya por hoy la pluma, efecto del pequeño espacio con que contamos.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

Correo de señoritas.

La casualidad me favorece, mi querida Adelaida. Te dí palabra de mandarte á decir por escrito todo lo más bonito y elegante en trajes de baile y de niñas. El mismo compromiso contraí en el número anterior con las amables suscriptoras de este periódico. Sé que LA VIOLETA llegará á tu tocador, y que tus hermosos ojos azules se fijarán en estos renglones: te dedico, pues, este articulo, cumpliendo á la vez estos dos deberes tan gratos para mí.

Te advierto que hay tal variedad de trajes que no sabe una cuál elegir. Parece que la reina del capricho proscribiera lo sencillo. Las señoritas se presentan en los bailes y teatros vestidas con tanta riqueza como las señoras. Yo no apruebo esto: las jóvenes solteras vestidas con elegante sencillez están mejor. Creo que muchas señoras, y no pocas señoritas, opinan como yo; no obstante, la moda reina absoluta y aun despótica, nos hace callar y todo lo domina con su irresistible poder. Pero me olvidaba, querida amiga, que esperas una reseña de modas y no una disertación combatiendo el lujo innoderado. Describiré, pues, el traje que me parece más admitido y de mejor tono.

Sobre una rica falda de glasé blanco, se ponen tres volantes de tul de diez centímetros de ancho, blanco el de enmedio, y rosa los otros dos: se colocan á ondas cojiéndolas con tres hojas verdes, y se pone un rizado de cinta blanca sobre el tercer volante: una túnica de tul salpicada de estrellas de oro ó plata cubre el resto de la falda, recojiéndola por los lados con grupos de capullos de rosas; cuerpo con peto atrás y adelante: manga muy corta, formada con tres volantitos imitando el adorno de la falda: verta también de volantitos, recojida en los hombros con hojas y en el pecho con un grupo de flores. Una guirnalda de flores blancas y de color de rosa debe enlazarse con el peinado, de modo que partiendo desde la frente venga á descansar en el cuello.

Gusta mucho también un traje de crespon blanco con la parte inferior de la falda orlada con cinco bulloncitos celestes y blancos entrelazados: sobre estos corre un entredos compuesto de dos ramas de follaje de plata; y dejando un espacio de catorce centímetros, se colocan otros tres bulloncitos y otro entredos. Talle redondo: cinturón celeste con grandes caídas de la misma tela colocadas á la parte posterior; estas y aquel guarnecidas de follaje sumamente ligero: verta á bulloncitos lo mismo que las mangas. El pecho y la cabeza deben adornarse con flores blancas.

Los abrigos ligeros, ó *salidas de baile*, son los de más gusto, de *moiré-antique* blanco bordados de trencilla ó cordoncillo de oro.

Entre los múltiples y caprichosos trajes de niñas obtiene mucha boga uno de coselete. Tela

de lana á rayas grises y negras, ó negras y blancas, siendo preferible esta última. Pueden ponerse la parte superior del corpiño azul, igualmente que el adorno de la falda: este puede consistir en un rizado, ó en un volantito encañonado, que guarnecerá el bajo de la falda, el lazo, las mangas y la parte superior del coselete. Una capita de paño bordada de trencilla y un sombrero de castor con plumas completan este traje.

Más elegante es uno de *poplin* de seda, color tórtola, con dos volantitos encañonados de glasé azul china, respunteados con seda blanca: cuerpo de escote cuadrado, formado á plieguecitos; manga de bullon; el puño de esta y el escote guarnecidos lo mismo que la falda: cinturón azul con grandes caídas; camiseta de muselina hecha á tablitas. Paletó *Clementina* de terciopelo, bordado con trencilla, ó adornado de pasamanería. Sombrero de terciopelo á la batelera.

Nada más por hoy, mi querida Adelaida. Si que me quieres, y que tu cariño hallará buen lo que tal vez no satisfaga á las suscriptoras de LA VIOLETA; pero me queda el consuelo de que habrán comprendido todo lo que les dice su atenta servidora

AMALIA DIAZ.

A NUESTRAS SUSCRITORAS.

El lindo grabado que con el número de hoy repartimos es un precioso dibujo de Croché que las señoritas laboriosas é inteligentes pueden aplicar para varios usos, como son colchadas, cubiertas de sillas, de butacas y otras mil sencillísimas labores de utilidad y adorno. Creemos innecesario dar otra explicación, puesto que sería inútil para las que conocen esta clase de trabajo, y sumamente sencilla á la simple vista para las que estén acostumbradas á él.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Proprietario de los Consejos, 5, principal.